

LA RELACION
TRANSCENDENTAL DE
CRISTO CON EL HOMBRE
EN EL PENSAMIENTO
TEOLOGICO DE
KAROL WOJTYLA

JESUS FUEYO

LA RELACION TRANSCENDENTAL DE CRISTO CON EL HOMBRE EN EL PENSAMIENTO TEOLOGICO DE KAROL WOJTYLA

Preguntémonos ahora: ¿Jesús ha sido verdaderamente un hombre de contradicción? No faltaron en el pasado y no faltan hoy, opiniones que ven en El, sobre todo, un revolucionario y que tratan de adaptar las diversas concepciones y las diversas filosofías de la revolución al significado fundamental y a la misión del Cristianismo. Pero un examen objetivo del Evangelio nos muestra a Jesucristo ante todo como maestro de la Verdad y servidor del Amor, y son estas características las que explican el sentido de toda su actividad y de toda su misión. De este modo se explican también la «contradicción» que se expresa en su misión y en su actividad y la «contradicción» que a su vez suscitan la enseñanza y el comportamiento del Maestro de Nazaret.

(Cardenal Karol Wojtyla.
Arzobispo de Cracovia. Marzo de 1976)

INTRODUCCION

Siempre es algo más que aventurado, y sobre todo, para un profano, adentrarse por el significado último de la palabra o del mensaje del Santo Padre. Siempre impone y debe imponer para el creyente, incluso al margen del dogma, una autoridad y un respeto que dificulten la objetividad de la exégesis. Incluso los teólogos más radicales retroceden un

punto, si se compara su hermenéutica con la que sin el menor riesgo exhiben en la comprensión y la crítica de las filosofías más profundas. Hoy que la palabra *carisma* se ha vulgarizado del modo más escandaloso, hay que devolverle su significación original rigurosamente teológica que designa la especial gracia de Dios que confiere a una persona. Y de modo más sobresaliente a un Papa elegido con la asistencia máxima del espíritu. No es que un Pontífice cuando no habla «*ex cathedra*», haya siempre de tener razón absoluta, pero siempre hay un riesgo, al interpretarlo, de incurrir en una racionalización o una crítica excesivas, producto del intelectualismo un tanto pedante que caracteriza la «*forma mentis*» del pensamiento contemporáneo.

Quiere decirse que no por falsa modestia pero sí por una conciencia del parvo saber, jamás me hubiera atrevido a excogitar el mensaje constante de Juan Pablo II más que entendiéndolo en su más riguroso sentido pastoral. Pero ocurre en el caso del Papa Wojtyla, una circunstancia que no siendo absolutamente insólita es, cuando menos, bastante singular. Ocurré que el Santo Padre antes de ser elevado al Solio Pontificio, es decir cuando él y el mundo no tenían la más leve premonición de que alcanzara un día la cátedra de Pedro, había consumado una obra teológico-filosófica que conocida, al menos por el que firma, tras la exaltación de su autor a la cátedra de Pedro, explaya un pensamiento intelectual, filosófico y teológico tan rico en profundidad y matices que su estudio más que su apología, me han parecido dignos de meditación y comentario con ocasión de la feliz circunstancia de la visita del Santo Padre a España.

Mi propósito ha de ser, con todo, limitado a una sola obra del por entonces Arzobispo de Cracovia, en la Polonia mártir, de tan acendrada fe en Dios, en Jesucristo y en la Virgen que ha podido resistir y resiste lo que en alguna ocasión he llamado la poderosa acción anticristica que se despliega por doquier en el convulso ocaso del siglo que vivimos. Dicha obra luce por título el de «*Signo de contradicción*» y constituye la recopilación de las homilias expuestas por el entonces Cardenal Wojtyla ante Pablo VI en los ejercicios espirituales de la Cuaresma de 1976. Se trataba, sin duda, de un altísimo honor —no exento de riesgos— el de

exponer ante el Papa y lo más elevado de la Curia de Roma una reflexión sistematizada de la relación sotérica de Cristo con el hombre, con la humanidad y lo humano, tras la actualización llevada a cabo por el Concilio Vaticano II. El texto fue editado en 1977, en versión italiana por la Universidad Católica de Milán en su colección «*Vita e Pensiero*» con un sencillo prólogo del Cardenal Primado de Polonia, Wyszynski, que resume el argumento esencial del texto con estas palabras: «Tal es la misión que se ha impuesto al Cardenal Karol en las conferencias que tuvieron lugar en la Capilla Matilde en presencia del Santo Padre. El ve el «*Signo*» que el mundo contradice. Pero contempla esta contradicción que opone el mundo a Cristo con serenidad porque sabe «*que no está en ninguno otro la salvación*». La familia humana puede alejarse de Cristo, pero después, cansada de las vías sin salida, retorna a El con renovada esperanza.»

1. SIGNO DE CONTRADICCIÓN

Jesús signó con su propia sangre su testimonio. Y esta es la herencia que El ha dejado a la Iglesia. La herencia de la Verdad salvífica es una herencia bastante difícil y pugnaz. En su actuar, inevitablemente toda la Iglesia, y el Sumo Pontífice de modo particular vienen a ser «signo de contradicción». Esta es también —por así decirlo— la comprobación de la misión de Cristo, que continúa siendo un signo de contradicción.

(Karol Wojtyła)

El eje argumental del discurso de Karol Wojtyła, es la acción polémica agonística entre el mensaje eterno de Cristo y la dinámica de la humanidad y del mundo. Muchos creen hoy que la salvación ha muerto y que el hombre por sí mismo, y la sociedad por su autonomía creadora, pueden alcanzar algún día la realización plena de la humanidad en el

mundo. Por tal modo Cristo en sí mismo se constituye en «signo de contradicción». Signo profético desde que el anciano Simeón se inclina sobre el niño Jesús y al mismo tiempo le llama la «Luz Divina» y el «signo de contradicción». Esto es, entre la revelación divina y la interpretación humana de su mensaje. La vida y la muerte de Cristo no sólo con hechos históricos, sino que se proyectan permanentemente sobre la Historia y confieren a ésta, su dialéctica transcendental. No se agotan en una tragedia divina y humana, consumadas de una vez para siempre, sino que se constituyen en el argumento dialéctico continuo bajo las formas más diversas entre el hombre y su peripecia, desde y frente a la Luz divina de Cristo. La humanidad de Cristo y la divinidad de su mensaje proyectadas sobre la humanidad, sobre la condición histórica de lo humano más también por su naturaleza transcendental, mantienen una tensión que confiere su última textura a la Historia y, que no puede consumarse más que escatológicamente, en el fin de los siglos.

El historicismo moderno en su afán de dar una interpretación concreta del hombre y de la circunstancia humana, entiende que el hombre por su misma naturaleza es un ser histórico. Esto es verdad o mejor dicho una verdad fraccional y, por lo mismo, desorientadora y llevada a su extremo, falsa. Al propósito escribe Wojtyla que es esa limitación la que define al mundo «como terreno de la lucha entre el hombre y Dios, de la contraposición del creado a su Creador, tal es el gran drama de la historia, del mito y de la civilización». El hombre es, pues, vida e historia, pero ni siquiera esta condición alcanza una antropología absoluta. Es preciso para ello, para alcanzarla y para entenderla, la humanidad de Cristo como paradigma y la divinidad de Cristo como transcendental esperanza del hombre.

Esta es la raíz de todas las contradicciones y de todas las desviaciones. La soberbia del hombre que guiada por el espíritu del mal, traduce sobre la Tierra el mensaje divino de la creación a imagen y semejanza de Dios en la divinización del hombre, en ser en sí mismo divino y dominador de la Naturaleza, a través de sus ideologías, de sus técnicas, de sus economías y hasta de sus placeres. La relación del hombre con Dios, a través del sacrificio y la mediación de la humani-

dad de Cristo, pasa por el mundo y lo trasciende. De otra manera, sin el horizonte del más allá, la condición del hombre se torna miserable y queda atrapado y deshumanizado por sus ideologías y sus técnicas que al negar a Dios, niegan al hombre en su más elevada condición de ser. Por su propia naturaleza ontológica el hombre no tiene entre la fe y el ateísmo tercera vía. Al negar a Dios niega su propia dignidad, su última esperanza y, en definitiva su posibilidad última de salvación. El ateísmo es por principio la muerte de la salvación.

2. EL ATEISMO COMO NEGACION

Cuando el Maligno en el capítulo tercero del Génesis dice: «si abrierais vuestros ojos seríais como Dios» (Gén. 3,5), en estas palabras encontramos toda la prospectiva de la tentación del hombre, del propósito de situarlo en la oposición a Dios, incluso en la forma más extremada. Se puede decir también que en la primera etapa de la historia del hombre esta tentación no sólo no ha sido aceptada sino que ni siquiera ha percibido una formulación plena. Pero han llegado los tiempos en los que este aspecto de la tentación del Maligno ha encontrado su contenido histórico adecuado. Puede decirse que ello representa en el grado más alto, la tensión entre la Palabra y la Antipalabra, en la historia de la humanidad entera. Una tal concepción de la alienación entraña no sólo la negación del Dios de la Alianza, sino la negación de la idea misma de Dios, la negación de su existencia y al mismo tiempo el postulado —y en cierto sentido el imperativo— de la liberación de la idea misma de Dios, para la afirmación del hombre.

(Karol Wojtyla)

Con estas palabras magistrales el, a la sazón Cardenal Wojtyla, plantea del modo más radical el problema esencial de la fenomenología del espíritu de la época contemporánea.

El ateísmo ha existido siempre como vacío de la conciencia subjetiva del hombre en cuanto que individuo, pero no ha habido sociedades estructuradas como ateas, sociedades que en sí y por su propia dinámica, conducen al hombre al ateísmo y a la nueva forma de esclavitud humana que comporta. Se trata de una caracterización esencial de las sociedades contemporáneas. El mundo contemporáneo sea por su antropocentrismo materialista, sea por su constitución ideológica que erige en principio al materialismo histórico como concepción del mundo y de la historia, revelan que hemos entrado en el umbral de la negación. Esta es la negatividad esencial de nuestro tiempo que se confronta con la soberbia técnica del mundo actual, del hombre, que, para decirlo en una sola palabra ha alcanzado la Luna. El concilio Vaticano II —escribe Wojtyla— en la *Gaudium et spes*, «ha llevado a cabo un análisis muy agudo de los cambios de la religiosidad en el mundo contemporáneo. Tras él ha considerado también en un examen breve pero muy sintético, los fenómenos diversos que quedan englobados bajo el nombre de *ateísmo*».

Esta situación trágica aunque quizá históricamente necesaria para que se alcance la plenitud cristiana de los tiempos, no es meramente un giro ateo del pensamiento moderno. Más bien las filosofías de la negación, son la expresión o el reflejo de una realidad estructural que funciona operativamente para el mal o incluso para el bien, marginando la existencia de Dios y el alma del hombre. Se citan por Wojtyla sólo los filósofos —Feuerbach, Marx, Nietzsche— que han dado una expresión más plástica o radical de la negación de Dios y de lo divino como plataforma de la sublimación del hombre. El autor de la obra sobre la que reflexionamos los cita con puntual preferencia, por cuanto que realmente subrayan o definen la inversión del hombre actual en su vulgaridad sociológica, en la relación de su ser y de su vocación con Dios. Así, escribe Feuerbach: «Debemos en el puesto del amor de Dios reconocer el amor del hombre como única verdadera religión; en el puesto de la fe en Dios, difundir la fe del hombre en sí mismo, en sus propias fuerzas, la fe de que el destino de la humanidad no depende de un ser

que se encuentra sobre ella sino que depende de ella misma; que el único demonio del hombre es el hombre mismo: el hombre primitivo, supersticioso, egoísta, maligno, pero también que el único dios del hombre es el mismo hombre.» Recordemos que Marx decía que era preciso cruzar por el pensamiento de Feuerbach, por el «arroyo de fuego». El hombre sin transcendencia padece la más grave mutilación del espíritu. «La persona humana creada a imagen y semejanza de Dios no se sitúa *más allá del bien y del mal* como deseaban Nietzsche y otros fautores de la absoluta autonomía del hombre.» (Wojtyla.)

Hay en esta autonomía metafísica reivindicada para el hombre, una negación también metafísica del hombre en cuanto que *ser*. Pues lo que significa por proximidad ontológica que el hombre haya sido creado a imagen y semejanza de Dios lo pone de manifiesto Wojtyla en estas palabras: «El estado de criatura y el estado de un *ens contingens* son conceptos distintos entre sí, pero cada uno traza la dirección del pensamiento humano *ad Deum*. La clave de este itinerario es el ser, en su aspecto de existencia; como para Santo Tomás y los tomistas: La contingencia del ser quiere decir, la limitación de parte de su existencia. Consecuentemente la contingencia indica implícitamente el absoluto, no solamente como su polo opuesto en el sentido dialéctico, sino como la base real, la razón fundamental de un ser contingente que explica la existencia de un mundo compuesto de seres contingentes y relativo en sí mismo. El absoluto es un Ser necesario en el sentido de que es *Ipsum Esse subsistens*.» Así la dimensión relativa del hombre encuentra el horizonte de su transcendencia ontológica. La gloria de Dios, dice en una ocasión San Ireneo, es el hombre viviente y es esta condición radical la que es desconocida por la economía del mundo «*El hombre es un ser para la muerte* afirma un existencialista alemán (Heidegger). El hombre es un *ser hacia la gloria*, afirmó Aquél que nació en un pesebre y murió sobre la cruz como un esclavo.» (Wojtyla.)

3. LA ERA DE LA CONTRADICCIÓN

«Hoy están amenazados no sólo Dios y todo el orden espiritual sino en un cierto sentido el hombre mismo y del

mundo. El estructuralismo por ejemplo, va mucho más allá del agnosticismo e incluso del positivismo, Sobre el trans-fondo de este vertiginoso desarrollo del pensamiento, que se cuestiona a sí mismo, que pone bajo el signo de la duda el sujeto y el sentido mismo del conocimiento, emerge una teología también singular: La teología de la muerte de Dios. Ella proclama que Dios ha muerto en el pensamiento humano, en el proceso de su autocrítica.»

(Karol Wojtyla)

Los textos citados del Cardenal Wojtyla ponen de relieve la dramática singularidad histórica de nuestra época. Es cierto que todas las épocas a que alcanza la discutible memoria histórica del hombre actual, han tenido su crisis peculiar, todas han sido portadoras de un terror apocalíptico, todas han llevado consigo el pánico de ser protagonistas del fin del mundo y de los tiempos. Pero nuestra época contradictoria e insegura en todas sus latitudes, parece haber alcanzado el punto de no retorno en la autoconciencia del hombre respecto de su transcendencia y de las estructuras inmanentes que configuran y determinan la coexistencia humana sobre la tierra. Como hemos subrayado antes, para el Cardenal Wojtyla han llegado los tiempos de la negación absoluta en el pensamiento y en la *praxis* de Dios y del hombre como ente de transcendencia. A esta situación crítica —equilibrio del terror, desarrollo frenético frente a un submundo de hambre, estructuras alienantes, guerras continuas localizadas sólo por el gran pánico, sustitución cibernética paulatina del hombre como autor, dominio de la imagen sobre la idea, etc.— no corresponde meramente un pensamiento de la negación sino la negación como pensamiento mismo.

A este respecto la referencia crítica que hace Wojtyla a la llamada *teología de la muerte de Dios* es sumamente significativa de la radicalidad dialéctica que pugna hoy en el pensamiento teológico. Tal teología, a su juicio, «es un reflejo de un drama profundo del pensamiento contemporáneo, que es ajustar a las categorías teológicas tradicionales a los enormes progresos hechos en la exploración del mundo en sus

macro y micro dimensiones». En rigor, está abierta una polémica profunda entre la fe y la técnica, polémica que es muy distinta de la abierta por los progresos del Renacimiento en orden a la visión del mundo y a la dominación de la Naturaleza. Ahora ya no se trata ni siquiera de la «doble vía» para acceder al Universo creado, que formulara Siger de Brabante. Se trata de la *divinización* de la materia que se constituye sobre el hombre como principio superior y absoluto.

La referencia a la *teología de la muerte de Dios* —por lo demás hoy un tanto olvidada o incluso superada— refleja el alma contradictoria, la esquizofrenia del espíritu del hombre contemporáneo que ha visto arruinarse sus creencias y sus valores tradicionales, por la aceleración tremenda de la Técnica que para muchos se constituye en la nueva vía de salvación del hombre. Para la tecnología sacralizada, Dios no constituye hoy una hipótesis necesaria para explicar el orden y la dinámica del Universo. Antes al contrario, esa teología de origen protestante y norteamericano, se expresa brutalmente en estas palabras de uno de sus representantes más calificados: «No ha de surgir ninguna confusión debida a la errónea interpretación de que esta confesión se refiere a un eclipse o a una retirada de Dios ya sea de la historia ya sea de la creación. Un lenguaje que en verdad habla de la muerte de Dios ha de hablar inevitablemente de la muerte de Dios mismo. El cristiano radical proclama que Dios ha muerto realmente en Cristo, que esa muerte es un acontecimiento cósmico e histórico, y que, como tal, es un acontecimiento final e irrevocable, que no puede ser invertido por un movimiento religioso o cósmico posterior.» (Thomas J. J. Altizer: «*El evangelio del ateísmo cristiano*», t.e., 1966, pág. 146.) Por virtud de esta extraña escatología el cristiano radical se transforma en ateo y el ateo en cristiano radical. La separación de Cristo de Dios es una forma sutilizada y absolutamente paradójica de negar a Dios y a Cristo al mismo tiempo.

Frente a todo ello la réplica de Wojtyla, es una afirmación rotunda de la relación filial de Dios con Cristo y de Cristo con Dios. En su obra distingue Wojtyla el *itinerarium mentis in Deum*, adoptando la fórmula de San Buenaventura,

y el *itinerarium hominis* que se unen frente al *anti-itinerarium*. El camino del hombre hacia Dios emerge de la intimidad y de la capacidad mental del hombre de contemplar los prodigios del Universo, inconcebibles como el Universo mismo, sin Dios. El *itinerarium hominis* es la senda espiritual que lleva el hombre a Dios en su plena y verdadera realidad a través del evangelio y el sacrificio de Cristo. El *anti-itinerarium* que es expresión de lo que Wojtyła llama la *Antip-alabra* es decir, el mensaje diabólico de la acción del principio del mal, contra Dios y contra el hombre. Recuerda hasta cierto punto el dicho de Proudhon de que la filosofía moderna es una conspiración constante contra Dios. «En el pensamiento contemporáneo existe una gran tensión entre la negación y la afirmación de Dios. Cuando hablamos del pensamiento *contemporáneo* consideramos su *objetivación* en los sistemas filosóficos y en la reflexión metafísica. Pero es preciso dar un paso más adelante y preguntarse: ¿La verdad de Dios cómo penetra en el alma del hombre común, del no filósofo? Esta pregunta se responde incluso en las indagaciones de tipo sociológico. Las respuestas demuestran, por lo general, que esta fundamental verdad religiosa mantiene todavía el derecho de ciudadanía en el ámbito del conocimiento del hombre común y en el ámbito de sus más íntimas persuasiones.» (Karol Wojtyła.)

4. LA CONTRADICCIÓN Y LA SALVACION

Es propiamente la voluntad —o bien el corazón humano— la que ordena al hombre el «ser para»: ser en relación y en donación. «Precisamente en esto consiste la estructura esencial de la existencia personal y humana. El hombre existe no sólo «en el mundo», no sólo «en sí mismo», sino existe «en relación», existe «en donación»: ¡debe existir así! No puede reencontrarse plenamente a sí mismo si no en una desinteresada donación de sí mismo.»

En nuestros días, cuando por doquier y al menor pretexto se habla de la plena realización del yo, de la mismidad inalie-

nable del hombre, se olvida o al menos no se acentúa debidamente, que esa realización se actúa solidariamente, comunitariamente. Del mismo modo que el destino humano en el mundo está vinculado por la relación del hombre con el hombre, de la humanidad como fin, es bien cierto que el hombre no puede salvarse en sí y por sí mismo. Esta correlación, en nuestra era de la globalización de la existencia en el mundo, se afirma como destino total. Pero por una reacción dialéctica el hombre contemporáneo se cierra sobre sí mismo, se encierra en su pequeño mundo de bienestar o incluso de malestar, en una palabra, se margina absolutamente de cualquiera preocupación de alcance universal.

El Cardenal Wojtyla hace una amplia referencia a una tesis desplegada por el filósofo polaco Leszek Kolakowski, exiliado hoy en Occidente, que mantiene un marxismo básico, pero en contra de las realizaciones comunistas de nuestros días. En un artículo que fue publicado en 1965 en el semanario polaco de la Asociación de ateos y librepensadores, «Argumentos», Kolakowski quiere adoptar una actitud neutral sobre toda forma de fe cristiana, aunque se muestre beligerante y anticlerical frente a todas las estructuras eclesiales. Pero así y todo, afirma que las diversas tentativas de cancelar a Jesús de la cultura por el solo motivo de que no creamos en el Dios en que él creía, tienen algo de absurdo y de ridículo. El filósofo heterodoxo sostiene que con independencia de la religión y de la Iglesia, el Cristianismo ha aportado a la historia de nuestra cultura contenidos y valores fundamentales, que pueden traer razón de ser exclusivamente de Cristo. Kolakowski —según la cita de Wojtyla— resume entre ellos: la abolición de la ley por el principio del amor; la prospectiva de la abolición de la prepotencia en las relaciones entre los hombres; la verdad de que no sólo de pan vive el hombre; la abolición de la idea de pueblo elegido que Kolakowski interpreta en el sentido de que no hay base religiosa para justificar el dominio de un pueblo sobre los demás y, finalmente, la tesis de una imperfección orgánica del mundo.

Hoy está abierta, incluso en el seno de la Iglesia, una contradicción decisiva para el devenir de nuestro mundo. El autor de la obra sobre la que meditamos, el Cardenal

Wojtyla, la formula en estos términos. «¿Qué es Jesucristo para todos los continentes, para las diversas sociedades, tradiciones, culturales y situaciones políticas? Jesús es el símbolo de la liberación de las injustas estructuras económico-sociales, pero es también signo de liberación para la gente a la que se le niega o se limita en puntos esenciales la libertad de la conciencia y de la religión.» Wojtyla repudia al mismo tiempo la sociedad de consumo como la sociedad de totalización política y de distribución de la miseria. Jesucristo —concluye con palabras del Concilio Vaticano II— es la gran senda «recorriendo la cual, la vida y la muerte resultan santificadas y adquieren nuevo significado».

La indigencia espiritual y moral del hombre en la situación histórica en que vivimos, viene de un múltiple y coordinado ataque contra su «sacralización». En esta situación, el hombre pierde toda la condición sacral que le viene de su trascendencia; el hombre tiene que ambientarse en el mundo de la contradicción y constituirse él mismo en un ser contradictorio y profano. La desacralización del hombre lleva a su profanación, a su nueva alienación, a su nueva esclavitud. El hombre es un ser sagrado para el hombre, porque tiene abiertas las puertas del más allá y, en este sentido, es responsable de su futuro absoluto. Pero al mismo tiempo, es irresponsable cuando se le cierran por todos los lados, en todas las direcciones el camino de Dios por la vía de Cristo. De ahí la incoherencia del hombre actual, la contradicción que de su destino transcendental le lleva a encerrarse o a ser encerrado en una finitud casi animal.

Pero la contradicción del hombre se supera por el principio del amor a Dios y del amor al hombre. El hoy Papa Juan Pablo II expone pasajes muy consoladores, muy espirituales, sobre el principio del amor y de su acción decisiva en la comunidad humana. «El ser contingente no es un ser necesario. Lo creado no es un absoluto. Pero es la bondad de lo creado contingente y también no necesario lo que revela como motivo de la creación.» Para Wojtyla el amor es el motivo de la creación y el motivo de la Alianza renovada en Cristo. Se podría decir —añade— que en este amor convergen desde sus mismas raíces, el plan eterno de la salvación como expresión concreta del amor de Dios hacia el hombre y «la transcendencia personal del hombre a todo lo creado».

5. JUAN PABLO II, PAPA

Hasta aquí hemos intentado un resumen y un mínimo comentario sobre la línea argumental Dios-Cristo-Hombre, desplegada por el Cardenal Wojtyla en los ejercicios espirituales que en presencia de Pablo VI tuvieron lugar en el Vaticano en marzo de 1976. En seis años la aceleración vertiginosa del acaecer ha alcanzado de lleno al destino temporal de la Iglesia. Tras el efímero pontificado de Juan Pablo I, el Cardenal Wojtyla fue elegido en el Conclave, ante una sorpresa universal; el nuevo Pontífice que marcando un signo de continuidad, adoptó el nombre de Juan Pablo II. Desde el lunes 16 de octubre de 1978 en que tuvo lugar el venturoso acontecimiento, han ocurrido en el tiempo como crónica y en el tiempo como recurso, es decir, como sentido que interroga sobre el mundo actual y sobre el hombre contemporáneo, muchas cosas. Tan significativas algunas, como los atentados contra el Papa. Proceden éstos de la locura del hombre, de las confusas estrategias que pugnan por el dominio del mundo o de cualquiera otra culpa, es lo cierto que marcan hasta el punto más bajo la degradación espiritual de nuestra época. La verdadera contradicción estriba en que el hombre que predicó el amor cristiano como solución de los antagonismos del tiempo histórico haya sido objeto de acciones mortales sobre su vida. ¿Qué explicación oculta de estos hechos magnicidas puede ofrecerse más que el signo de contradicción en el hombre y en el mundo contemporáneos? Quizás lo haya sentido el Cardenal Wojtyla en unas palabras de la obra que nos hemos atrevido a comentar.

A modo de conclusión de sus meditaciones dice el Cardenal Wojtyla: «Volvamos a pensar en todo lo que el mundo y el hombre contemporáneo viven, *en todo aquello que con toda seguridad atormenta el ánimo del sucesor de Pedro*» al cual el Señor ha confiado las llaves del Reino celeste diciendo: «Cualquier cosa que ligares sobre la tierra será ligada también en los cielos y cualquier cosa que desligares sobre la tierra será desligada también en los cielos.» (Mt. 16,19.) Este hombre lleno de fe y esperanza pero también atormentado, es su Santidad Juan Pablo II.